

morias, de donde surgen los muertos del archivo en una procesión fantasmal.

Creo que el estudio de González Echevarría es importante; con todo, no me parece suficiente confiar sólo en documentos escritos (“we only believe in what is written down and codified”, p. 1). Hay otras maneras de codificación. En *La arqueología del saber*, Foucault declara: “El discurso manifiesto no sería a fin de cuentas más que la presencia represiva de lo que no dice, y ese «no dicho» sería un vaciado que mina desde el interior todo lo que se dice”. Hay que investigar lo “no dicho”. ¿Quiénes tenían acceso a la palabra escrita?, ¿qué influencia tenían los textos que el crítico menciona?, ¿quiénes entendían a los letrados y sus discursos? El crítico tampoco habla de la oralidad, elemento importante en la narrativa latinoamericana (Rulfo, Roa Bastos, García Márquez).

Falta aquí, si a los temas del libro vamos, *El Periquillo Sarniento* (1816) de Fernández de Lizardi, quien se burla del léxico de abogados, escribanos y médicos y de la manía de citar en latín. Las preocupaciones del “Pensador Mexicano” reflejan un cambio decisivo en el papel de la palabra escrita. En la época colonial (la del archivo) había varios modos de recordar el pasado (crónicas, relatos, cartas e historias), pero la historia escrita (como disciplina) surgió a partir del siglo XIX y está intrínsecamente vinculada con la formación de una narrativa de identidad nacional, o con la formación de la “comunidad imaginada” o “imaginaria”. Anderson sostiene que la palabra impresa fue instrumento en la formación del estado-nación y que el capitalismo impreso, es decir la novela y el periódico, “provided the technical means for «re-presenting» the *kind* of imagined community that is the nation” (*Imagined communities: Reflections on the origin and spread of nationalism*, London-New York, 1991, p. 25).

En suma, el mérito de este libro es haber replanteado las cuestiones de la tradición narrativa en América Latina en su entorno cultural e historiográfico. Su método cruza fronteras y establece el diálogo entre disciplinas. Son útiles las traducciones al inglés de los textos en español y portugués, pensadas para un público anglófono al que se destina el libro.

ANNA REID

FRANCISCO CAUDET, *Hipótesis sobre el exilio republicano de 1939*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1997; 542 pp.

Tan sólo la lectura del índice apunta, más que a un tratamiento lineal, afán de exhaustividad o enfoque según cierta disciplina, a una visión integral que busca comprender y definir su tema de estudio

desde distintos ángulos y tiempos. Capítulos dedicados a episodios o aspectos concretos del exilio como “El pleito del Vita”, “Boletín al Servicio de la Emigración Española” (el órgano del SERE de 1939 a 1940), “Las luchas políticas del exilio” (sobre las divisiones entre los dirigentes políticos y militares republicanos, concretamente entre Negrín e Indalecio Prieto), contrastan en este libro con otros de carácter teórico y reflexivo como “La condición del exiliado” o “Cultura y exilio”. Cada capítulo, explica el autor, tiene un registro de escritura distinto; en esto sigue a Roland Barthes para quien una visión o imagen tiene un *punctum*, un foco en torno al cual se organiza el conjunto y adquiere significado. Temas bien conocidos por los especialistas, todavía sin embargo controvertidos, se analizan aquí con exactitud a partir de testimonios y documentos. Inspirado en un pensamiento de Joseph Brodsky, el autor se apega, más que a una metodología de investigación, al sentido común.

Francisco Caudet analiza textos y contextos y ofrece una obra que no es “historiográfica”, tampoco “un ensayo ni un estudio de crítica literaria”, como escribe Alicia Alted en el prólogo, sino una obra que plantea “temas/problemas”. Caudet cuenta con varios trabajos sobre el tema del exilio, dedicados principalmente a aspectos y personalidades de la literatura, y con un libro importante centrado en México: *El exilio republicano en México. Las revistas literarias, 1931-1971*. México es también, en este libro, el lugar de donde provienen la mayoría de los testimonios y obras analizados y comentados, si bien está presente el destino de los emigrados en Francia y el resto de Hispanoamérica: Chile (Neruda como uno de los protagonistas notables), Argentina y Santo Domingo.

Este libro tiene, pues, como antecedente, un estudio de tema literario, pero Caudet advierte del peligro de dar prioridad a la literatura para definir este exilio. Va en contra de la gran mistificación que del suceso se ha hecho porque muchos de los estudios atienden a fuentes exclusivamente literarias. Caudet parte en este libro de una base más sociológica y con énfasis en el sentido y contexto político de la emigración, un aspecto consustancial a toda emigración que de soslayarse en el análisis puede producir una visión falseada y alejada de la dimensión que en verdad tiene.

En un primer plano, los testimonios vivifican los episodios y tópicos principales del tema del exilio republicano, hablan por sí solos; en un segundo plano, en el nivel del discurso del autor, se conduce de manera balanceada y matizada a la búsqueda de una versión más hecha y a una visión de conjunto. Caudet incluye memorias e impresiones personales, literatura y, sobre todo, poesía, análisis estadísticos, informes diplomáticos y oficiales, prensa de la época, planes y proyectos, debates y reflexiones, teoría e historiografía.

Debido a ciertos factores positivos y favorables en el caso del exilio republicano en Hispanoamérica, y concretamente en México —la política cardenista, el hablar una misma lengua y tener una historia común—, el exilio implicaba en principio un proceso de aceptación, reconocimiento e integración. Pero los conflictos ideológicos, la inevitable división y partidismo entre los emigrados, así como la dinámica del exilio y su duración, lo convirtieron en algo más conflictivo y doloroso. Caudet propone superar el nivel de lo individual y emocional en el análisis con el fin de entender y aceptar que ni la tradición cultural ni la lengua compartida garantizaban naturalidad ni fluidez en la adaptación mutua de españoles y mexicanos. Se enfrentaban también dos concepciones muy distintas de nacionalismo.

Caudet elabora la hipótesis del fracaso político de la emigración, un fracaso que se vería contrarrestado con una impresionante aportación en el terreno de la cultura, no sólo literaria sino material, de incalculables beneficios para México. Para el autor, esta cultura del exilio, acrisolada en circunstancias específicas, únicas, tenía sus raíces en una tradición liberal decimonónica y era marcadamente autodidacta, antecedentes que no se pueden dejar de considerar.

Hablar de “fracaso político”, en cambio, parece una afirmación demasiado contundente o resultado de una visión idealizada. Si algunos testimonios dejan ver una idea de fracaso, las circunstancias del exilio republicano, el estado de guerra en Europa, los conflictos entre los sucesores de Azaña y las condiciones del gobierno mexicano a la emigración, ¿no eran razones suficientes para que no ocurriera nada muy distinto de lo que ocurrió?

Las estadísticas muestran una proporción de intelectuales muy inferior respecto a los obreros, técnicos y campesinos venidos a México. Por medio de las organizaciones republicanas como el Comité Técnico de Ayuda a los Refugiados Españoles (dependiente del SERE), se invirtió en empresas agrícolas, educativas, industriales, artesanales y editoriales, y se llevó a cabo una labor ideológica para apoyar la integración de los emigrados al nuevo país.

Los testimonios de los escritores —sobre todo de los poetas, pese a que muchos intelectuales encontraron en México condiciones en el medio académico parecidas a las que tenían en España—, reflejan un profundo dramatismo pues la mayoría tiene siempre en mente a España; la imposibilidad del regreso los atormenta, la nostalgia los invade, la prolongación del exilio los deprime y en ocasiones los empuja al suicidio, como a Ramón Iglesia y Eugenio Imaz. La finalidad de los escritores, el público, para muchos seguía siendo España y ello acentuaba su frustración y la sensación de vivir una transición demasiado prolongada. Infinidad de metáforas hasta entonces impensadas surgen para hablar de España (“toro verde” convertido en “toro de fuego y pólvora”, dice Alberti) y de la “Nueva España” como un suce-

dáneo de la tierra perdida. Se replantea el sentido de la hispanidad desde la perspectiva republicana. Simultáneamente, el franquismo en España alimentó ideas de una hispanidad imperialista e impuso una censura y barreras que anulaban toda receptividad.

Con estos elementos, entre muchos otros, y desde una idea más amplia de la cultura, que abarque no sólo lo intelectual sino también lo material, Caudet propone alcanzar una mejor comprensión del exilio. Aun si se trabaja en el terreno de la literatura —explica— se puede entender mejor por qué, por ejemplo, para los escritores vivir en el exilio era tan sangrante y demoledor cuando no tenían un público que los leyera o cuando el público que tenían no era el que ellos hubieran querido (pp. 480-481).

Otro peligro, opina Caudet, es la tendencia a elaborar literariamente reconstrucciones engañosas del pasado, pues restan interés al tema del exilio y acaban por reducirlo y empobrecerlo. Las conmovedoras y desgarradas poesías y metáforas que expresan la condición del exiliado —el sentido del destierro, la pérdida de las raíces, la idealización de una España que ya no es la del presente y sólo pertenece a ellos—, resultan en una interiorización del exilio y una visión misticadora que niega la realidad y la distorsiona anteponiéndole el ideal de un “paraíso perdido”. Y, sin embargo, concluye el autor, es éste el motor de su gran fuerza creadora.

Caudet propone superar las aproximaciones emotivas y sentimentales para acercarse a fenómenos que, como el del exilio, tuvieron y tienen causas muy específicas que deben estudiarse pormenorizada y objetivamente, aunque a muchos nos conmuevan y afecten esas formas de aproximación. (Esta tendencia sigue estando presente, por ejemplo, en autores españoles jóvenes como Muñoz Molina.)

Conocedor tanto de la literatura del exilio como del entorno político español, europeo y mexicano en aquellos años; admirador de la labor cultural desarrollada por los intelectuales exiliados, Caudet destaca en este libro aportaciones de orden lingüístico e interpretativo —que surgieron en los años cuarenta a raíz de la llegada de los españoles—, las cuales merecerían recuperarse y reinterpretarse desde el punto de vista de la historia de la cultura y las ideas en México: la palabra “laberinto” (en *El laberinto mágico* de Max Aub y en *El laberinto español* de Gerald Brennan), usada para definir la realidad sociopolítica de la España de los siglos XIX y XX; las ideas sobre la hispanidad, y el trasfondo del discurso sobre España y el ser de América de Juan Larrea en *España peregrina* (posteriormente en *Cuadernos Americanos*); la proyección de los ideales políticos de los intelectuales españoles republicanos por medio del lenguaje utilizado en las traducciones que emprendieron (como en *Utopías del renacimiento* traducido por Eugenio Imaz); la aparición de la palabra “transterrado” de José Gaos en vez de “desterrado” o “exiliado” (según Caudet “edul-

coradora” de la cruda realidad y su trascendencia); y la retórica y el “discurso de la superioridad moral e intelectual” presentes en las tesis de *Rendición del espíritu* de Juan Larrea y en artículos sobre España y América aparecidos en *España Peregrina* (detrás de los cuales se ocultaba un nacionalismo imperialista muy cercano, sostiene Caudet, al discurso del franquismo).

El balance de las aportaciones de los exiliados españoles en México resultó positivo en todos los terrenos, dice el autor, a pesar de la resistencia, en un principio, de los sectores conservadores y de la influencia de la propaganda fascista para desprestigiar a los republicanos. La creación literaria tuvo un “altísimo nivel”, desconocido e ignorado en la España franquista hasta la década de 1950. Entonces hubo un intento de diálogo entre algunos intelectuales de dentro de España y los de fuera. Caudet demuestra cómo los primeros, protagonizados por Aranguren, Julián Marías e Induráin concebían al intelectual desligado de la política; detrás se escondía una apología al franquismo. Los de fuera, Guillermo de Torre en Puerto Rico y un grupo de exiliados en Argentina —Claudio Sánchez Albornoz, Alejandro Casona, Clemente Cimorra y Eduardo Zamacois, entre otros—, sostenían que la política era la verdadera cuestión de fondo en el estancamiento intelectual de España y tuvieron que aceptar la imposibilidad de llegar a entenderse entre ellos.

Infinidad de testimonios ilustran la fuerza, complejidad y trascendencia del exilio republicano de 1939. Caudet no pretende agotar el tema sino abrirlo; en sus palabras, “dialogizarlo”. Alejar sentimentalismos y mistificaciones que tienen y siguen teniendo demasiado peso con el fin de recuperar la verdadera dimensión política, social, económica y psicológica de este acontecimiento. En fin, ser capaces de ver los problemas y replantearlos desde nuevas perspectivas temáticas y críticas.

AURORA DÍEZ-CANEDO

JAMES VALENDER, ANTHONY STANTON, ROSE CORRAL *et al.*, *Homenaje a María Zambrano. Estudios y correspondencia*. El Colegio de México, México, 1998; 313 pp. (*Serie Literatura del Exilio Español*, 4).

María Zambrano nació en 1904, en el mismo lustro en que nacieron Gallegos Rocafull (1899), Gaos (1900), García Bacca (1901) y Recasens Siches (1903), y fue alumna, como ellos, de Ortega y Gasset. Aunque tardó más que sus compañeros de generación en hacerse notar en el campo de la filosofía, su nombre se ha impuesto, al cabo de los tiempos, sobre el de todos ellos, y proliferan desde hace algunos años los reconocimientos a su obra.